

LA PRESENCIA DE GALICIA EN LA OBRA
DE TORRENTE BALLESTER

JOSÉ MANUEL GARCÍA DE LA TORRE
Universidad de Amsterdam

TRES EN GÓNGORA SON MAYOR OCTAVAS
DE UN BATE SILBO VAGO ERRANTE REALES

Éstas que silba sílabas canoras,
Confeso de convicta gonzalía,
El que es torrente a casi todas horas
Y ballestero audaz su mejor día,
Culto sí, de bucólicas doctoras,
Escucha al son de su polironía
Si ya la Torre no te Berengaria
Del aire tañe por Don Juan un aria.

Treguas a tanta falta son de gusto
Y ocio atento, si dédalo la trama,
Elocuentes en mucho espacio justo
Si en tiempo poco cabe tanto drama,
Rito de soledad, altar augusto,
Y oficio frágil de difícil fama.
Término no a su silbo ponga ajeno
No ya por musical, sí por ameno.

Y la fábula así —si la novena
Urdió de realidad, colmó de cuento,
En la de su alta torre amena almena,
Jacinto de aire, fábrica de viento,
Ínsula soliloquio de sirena—,

Del vate vago, con su paso atento,
Los tragos con ternura traducía
Silbando su secreta melodía.

Francisco Castaño, en *Los cuadernos
de un vate vago*,
Barcelona, Plaza Janés.

Como doña Emilia Pardo Bazán, o como don Ramón María del Valle-Inclán, Torrente Ballester es un escritor que, siendo gallego, y estando muy familiarizado con la lengua de su región, emplea el español como medio de expresión en su producción literaria. Y como los dos anteriores, nos da en sus obras una visión de su tierra, de su geografía, de sus comarcas, de su idiosincrasia, y de sus historias y leyendas. A la par que intercala términos, así como expresiones, e incluso pequeños textos en lengua gallega.

Sin olvidar un breve período en Francia, en julio de 1936, podemos considerar decisiva en la vida y en la obra del autor su permanencia en Norteamérica, como profesor de la Universidad de Albany, de 1966 a 1970. Esto le permitió familiarizarse con otras lenguas y con otras culturas, en especial inglesa y francesa. Incluso, en su obra podrían diferenciarse dos etapas: la producción anterior y la posterior a la mencionada estancia norteamericana.

La producción del escritor es un inmenso y enciclopédico registro de nombres y saberes: geográficos, históricos o literarios, peninsulares o foráneos, europeos o americanos. Este saber y profundo conocimiento del autor podría parecer prolijo, pero no lo es merced al espíritu con que Torrente lo encara. Porque el escritor acomete la tarea literaria con un espíritu lúdico, de juego. Es curiosamente significativo el título lúdico, de juego. Es curiosamente significativo el título de una de sus obras: *El Quijote como juego*. Creo que este afrontar la creación literaria como «juego» podría aplicarse a gran parte de la obra de Torrente, de modo especial desde *La saga/fuga de J. B.* El autor juega con la escritura, inventa «jitanjáforas», acumula innumerables datos, baraja nombres de la más heterogénea índole, menciona o alude —a veces con ese espíritu burlón del que hace gala— a incontables acontecimientos, personas, corrientes o tendencias.

Pero al lado de tan variados y numerosos elementos como confluyen en su obra, en Torrente quedará la huella de su región natal.

Esa constante presencia puede revestir diversas modalidades. Voy a referirme a algunas de ellas: I) La geografía y el clima. II) La visión histórica. III) Galicia como mito. IV) El influjo de la lengua gallega en la obra de Torrente. [Por falta de espacio no me referiré a un V) apartado, que trataría de los precedentes literarios gallegos, como podrían ser la Pardo Bazán, con *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza*, o las obras de fondo gallego de Valle-Inclán.]

I. LA GEOGRAFÍA Y EL CLIMA DE GALICIA EN SUS DIVERSOS PAISAJES
O ASPECTOS

Lógicamente, aparece la Galicia que mejor refleja la nostalgia hacia las raíces del autor, y que se orienta hacia aquellos lugares en que ha transcurrido su vida, fundamentalmente en las provincias de La Coruña y Pontevedra.

— La Galicia que mira al mar, con sus costas, sus rías, o sus playas, o incluso dedicada a la construcción naval. O sus gentes con vocación marinera, empleadas en las faenas del mar, o proyectadas al otro lado del Atlántico, en la emigración.

En esta visión del mar no puede olvidarse la lucha del hombre gallego con las embravecidas aguas y «el miedo que tenían de la mar, y más de aquellas costas tan terribles y súbitas», temor de los marineros y de las gentes gallegas. Así, por ejemplo, esa pavorosa «Costa de la Muerte».

— La Galicia de sierras, valles, y ríos.

— La región configurada por un clima, brumoso, llena de sombras por los innumerables días oscuros y de neblina, en la que llueve pertinazmente.

Pero hay que tener muy en cuenta que tanto la visión geográfica como la histórica de Galicia revestirán en Torrente dos modalidades: la geografía —o la historia— real, y la encubierta, o inventada.

1. Consecuentemente, notemos que en la geografía real esta presencia se describe aludiendo a ella mediante los auténticos nombres con los que se la conoce en la actualidad. Por ejemplo, donde el autor nace, *Ferrol* y su comarca; la ciudad a cuya Universidad debe Torrente gran parte de su formación universitaria, *Santiago de Compostela*; o la comarca en torno al pequeño pueblecito marino en que transcurren algunos de sus años de juventud y matrimonio, *Bueu*. Aunque no deje de hacer frecuentes incursiones a muy diferentes lugares de la geografía gallega: Pontevedra, La Coruña, o, más raramente, Lugo.

Ferrol vio transcurrir muchos años de la vida del autor. Éste lo va describiendo palmo a palmo, con gran fidelidad, *Ferrol* «mi pueblo» —o incluso «mi aldea», refiriéndose al lugar de Serantes, situado en las afueras de Ferrol—; el arsenal («... y para eso nace uno en un puerto de mar donde se fabrican acorazados»); el puerto, desde el que se pueden «mirar los barcos fondeados en la ría»; «la calle Real», «la calle de la Merced», el «cuartel de Dolores», «las gradas de las Angustias», «la conocida calle de San Pedro», «los parapetos de las murallas», el «Campo de Batallones», el «muelle de Curuxeiras». El «riachuelo de la Malata», o «Los Corrales». La entrada de la ría de Ferrol, de la que el escritor recuerda cuando todavía «los botes tendían la cadena de castillo a castillo [del Castillo de San Felipe al Castillo de la Palma, en la boca de la ría] para cerrar la ría»: «en la ría de Ferrol [hay] que esperar a que le abran la cadena que la cierra de castillo a castillo». La Cabaña o La Graña. El Pozo de Leixa, en el término de San Pedro de Leixa. Un poco más distantes, Baltar, Neda, Magalofes,

Monfero, Pontedeume, Sada. O incluso Betanzos, con sus ríos el Mendo y el Mandeo, y la «romería de los Caneiros». O ya, más lejana, Santa Marta [de Ortigueira], o Cariño. También cita otros lugares cercanos, famosos por sus playas, como Cobas, Doniños o San Jorge.

En la provincia de La Coruña, además de la capital, se citan, más o menos distantes, Finisterre, Muxía, Mazaricos, la ría de Noya, Muros, Santa Uxía [Eugenia] de Riveira, La Puebla, o las Islas Sisargas.

Este recuerdo de la ciudad natal y de sus alrededores, no sólo lleva al escritor a hacer discurrir una parte de la acción en tales lugares, sino que incluso bautiza a sus personajes con nombres que son, en parte, topónimos de la comarca cercana a Ferrol. Así, los varios miembros de una familia de la *Sagal fuga...*, apellidados *Barallobre*.

Dentro de la misma provincia, otra de las ciudades descritas con minuciosidad es «la Ciudad Santa», *Santiago de Compostela*: la Catedral, y «el Maestro Mateo», «el que construyó la catedral, el que esculpió el pórtico», «la capilla de las reliquias», y «...ese sepulcro que se oculta. Dicen que hay huesos en una arqueta, y que son de un apóstol». Los edificios de Santiago: «el Palacio Arzobispal» y la Universidad. Sus plazas, la de la Quintana, o de los Literatos, y la del Toral. Sus calles, la Rúa de la Raña, la de la Algalia Baja, la Carrera del Conde o «el Camino Nuevo». Se mencionan la «Plaza de los Plateros» y la «Plaza de los Azabacheros» [que son, en realidad, la Plaza de las Platerías y la Calle de la Azabachería]. Otras cuatro denominaciones que altera el autor, pero reconocibles son «la Calle de Gónega» [que es la «Calle de la Conga»], las Casas del Rey [que es la calle de «Casas Reales»]; «el Arco de Ramírez», denominación bajo la que no es difícil adivinar el nombre del famoso arzobispo de la Edad Media, Gelmírez. Y la «Torre Berengaria» [que es la Torre Berenguela]. De lo que eran antaño casi afueras de la ciudad se citan, con quevedesca reminiscencia, «el barrio del Pombal, que era donde moraban las hermanitas del toma y daca»; y Conjo. Y ya en el extrarradio, el Milladoiro y el Faramello. Próximo a Santiago, lindando con la provincia de Pontevedra, se menciona Padrón.

De la provincia de Pontevedra se citan la capital. Y Vigo, Bueu, éste alguna vez nombrado por su verdadero nombre, y en incontables ocasiones como *Pueblanueva del Conde*, Villagarcía —o Villagarcía de Aurosa—, Vilaxuán, Sálvora, Corrubedo, Combarro, Cangas de Morrazo, Caldas de Reis, La Estrada, Bayona y La Guardia. Con cierta frecuencia —ya veremos por qué— aparece asimismo mencionada Catoira.

Se puede sentar que en general en sus primeras obras lo más corriente era mantener la verdadera toponimia (Ferrol, La Coruña, Santiago, Betanzos, Pontevedra). En alguna ocasión, casi única, se encubría la verdadera, Bueu, por medio de otra, más eufónica, *Pueblanueva del Conde*.

2. Pero el recuerdo de Galicia no se reduce a la fiel transcripción de lugares reales, que no necesitan un esfuerzo de la imaginación para reconocerlos. Al

lado de estos lugares, hay en una parte de su obra otra geografía, de la cual algunos nombres son enteramente fabulados. O aunque transparenten otros existentes en la realidad, el escritor se refiere a ellos bajo otra denominación. El procedimiento no es nuevo. La Pardo Bazán designó a La Coruña, *Marineda*; Clarín llamó a Oviedo *Vetusta*, y la misma ciudad fue denominada por Pérez de Ayala, *Pilares*. Valle-Inclán se mueve entre mantener los nombres geográficos reales e introducir nuevas denominaciones, inventando una geografía fantástica. Torrente hará uso, también, de esta doble posibilidad.

Es a partir de la *Saga/Fuga de J. B.* cuando el escritor recurre a toda una imaginaria y variada toponimia y antroponimia: desde provincias o ciudades, a nombres de plazas, de calles, lugares o personas. Algunos nombres permiten adivinar otros que, en la realidad, tienen diferente denominación: *Villasanta de la Estrella*, la «Ciudad Santa», Santiago. Con ellos alternan otros topónimos, genuinamente gallegos en su forma, más sonoros, desde una inexistente provincia, *Castroforte del Baralla*. (Ésta, capital de una quinta provincia gallega del mismo nombre, pretende ser, incluso, «el Cantón Independiente de Castroforte del Baralla», provincia no reconocida por el Poder Central, y que «no figura en los mapas», «suprimida por Cánovas»). O el caso de *Soutelo de Montes*, «en la provincia de Pontevedra», que resulta inencontrable en la geografía. Lugares que en ocasiones son trasunto de sitios con efectiva y palpable realidad; y otros, únicamente posibles o imaginados.

II. LA VISIÓN HISTÓRICA

Galicia es vista a través del decurso de la «historia», desde remotos tiempos hasta acontecimientos muy recientes.

Se dedican numerosas menciones a las luchas mantenidas entre los pobladores primitivos, celtas, y los invasores, godos. Hay una referencia a Tuy, y a su obispo, que en el medievo gozaron de nombradía: «Ego, Hieronimus Veremundi, aepiscopus sedis tudensis...» Se reitera la defensa armada que, para proteger la costa —o incluso el mismo Santiago— de los invasores vikingos, hubo de establecerse en torno a las Torres del Oeste, en Catoira. Dichas Torres, situadas en las dos márgenes de la ría, estaban unidas entre sí por unas cadenas dispuestas bajo el agua, con una situación que resultaba invisible en la superficie, impidiendo de esta manera la penetración de los barcos enemigos. (Ya hemos dicho cómo se nombra al famoso arzobispo de la mitra compostelana, Gelmírez, a quien se llama Ramírez.)

En tiempos modernos, ya en el siglo XIX, hay también referencias a alguna batalla naval, «cerca de Finisterre», entre las escuadras francesa y española, coaligadas contra la inglesa de Nelson, o de alguno de sus lugartenientes. Se alude a la invasión napoleónica y a ese «Batallón de Estudiantes de Villasanta

de la Estrella», «Batallón literario» enviado a combatir contra Napoleón. (Hecho recordado en la referida Plaza de los Literatos, más corrientemente llamada de la Quintana). Los intentos autonomistas de los insurgentes contra el Poder Central, y los subsiguientes «fusilamientos de Carral», del año 1846. O a diversos acontecimientos —huelgas, agitaciones políticas— anteriores a la guerra civil de 1936. Incluso, a figuras y acontecimientos posteriores a la segunda guerra mundial (Goebbels, Hitler, Pétain o Stalin; o «los países del pacto de Varsovia»).

Tampoco faltan referencias a la historia local. Así «Don Celso Taladriz», que en la vida real ferrolana se llamó José Rapariz. También a la de Santiago: «Don Calixto [García], un clérigo torpón que fue mi profesor de Arqueología [...]: don Calixto sabía poco y de una manera arbitraria, memorística y confusa.» (Tal persona existió efectivamente como profesor de Arqueología de la Universidad santiaguesa). Un protagonista, que aparece como el «dueño de un bar», pretende disimular la auténtica figura de un otrora famoso personaje de la vida compostelana, conocido con el «mal nombre de *Pito Bebendo* [= «pollito bebiendo»], porque movía la cabeza, hacia arriba y hacia abajo, como los polluelos de la gallina cuando beben agua».

III.. GALICIA COMO «MITO», EN SUS LEYENDAS Y EN SU FOLCLORE.

No siempre puede separarse claramente la visión de las dos Galicias: la vista a través de la historia, y la reflejada en sus «mitos», a través de sus creencias en el más allá, o en sus supersticiones. Con su rico folclore, con sus peregrinaciones, con sus romerías, con sus danzas y con sus cantos, en cuya tierra, según Torrente, se superponen dos culturas, la autóctona y la del poder central, en una pugna presentada no sin humorismo e ironía. Es una supuesta historia de Galicia, entremezclada con sus leyendas y sus mitos.

Se menciona la mítica *Reina Lupa*, de un pasado remoto. Pero fundamentalmente, en la *Sagal fuga* presenta Torrente la contraposición entre esos dos hipotéticos elementos componentes de su población: los aborígenes, «celtas», y los foráneos, «godos». Los primeros con su provincia Castroforte del Baralla; los otros asentados por doquier en el país y, característicamente, en Villasanta de la Estrella —una «ciudad afrancesada», cuya parte antigua es denominada la «*Cibidá*»—. Aquéllos, incluso con su mitología de «dioses célticos». «Dioses célticos de la tierra y el mar, uno de ellos llamado [...] *Moanna*» (probable alusión a la cercana y pontevedresa Moaña).

Las referencias a entes sobrenaturales o legendarios, míticos, son frecuentes: la *Compañía* o *Santa Compañía*. Se recuerda la necesidad de peregrinar a *San Andrés [de Teixido]*, peregrinación a la que «quen non vai de vivo vai de morto», que si no se hace de vivo, habrá de hacerse de muerto, pero en este últi-

mo caso convertido en sabandija. Se menciona a un «*Cuerpo Santo*», posible reelaboración de la leyenda del Cuerpo del Apóstol Santiago. Pero en *La saga...*, este *Cuerpo Santo* parece ser el de una inexistente *Santa Lilaila* —existente solamente en el folclore, en donde abundan las alusiones a la misma—, que en Torrente unas veces es *Santa Eulalia de Efeso*, y otras, hipostáticamente, *Santa Lilaila de Barallobre*, que recibe culto «en el Altar del Santo Cuerpo Iluminado de *Santa Lilaila de Efeso*, dicha también de *Barallobre*». Hay una «Real Colegiata de *Santa Lilaila*», al mismo tiempo que una «Logia de *Santa Lilaila de Efeso*», y una «Real Sociedad de *Santa Lilaila* de músicos y poetas». *Lilaila* que a veces parece confundirse —en una de las muchas hipóstasis con las que gusta jugar el escritor— con *Lilaila* —o *Coralina*— *Souto Colmeiro*. Se mencionan las *Cuevas del Rey Cintolo* —leyenda que se sitúa en los alrededores de Mondoñedo—, o a *San Ero de Armenteira*, cerca del célebre monasterio, próximo a Pontevedra, tema de la cántiga CIII del Rey Sabio. No falta siquiera la *Serea* o «Sirena», tan familiar en la mitología, que se aparece a los marineros, y que en el caso concreto del relato *La sirena* acude a buscar a los miembros de la familia de los Mariño, que tengan los ojos azules.

IV. LA LENGUA

Torrente, como gallego que ha frecuentado personalidades y círculos galleguistas en algún momento de su mocedad, posee un buen conocimiento de la lengua de su región. Y como antes hicieron otros escritores gallegos, como la Pardo Bazán o Valle-Inclán, también Torrente incorpora elementos aportados por el recuerdo de sus años de infancia y juventud, que le llegaron oralmente o a través de la literatura.

El autor se complace en adoptar términos de variada procedencia gallega: de la tierra, del mar, de su flora, de su fauna, de su clima, de sus costumbres o de su idiosincrasia. O emplea topónimos o antropónimos, característicos de la región. En ocasiones el autor mantiene la palabra, o incluso un pequeño texto o párrafo, en la lengua originaria. A veces de simplemente la traducción de esa palabra, o bien explica con mayor extensión lo que ésta significa. En otras intercala una frase, o un párrafo más intenso, o una copla popular, en cuyo caso no suele dar traducción de los mismos. Veamos los diversos casos.

Así, a propósito de «la tierra» y «la idiosincrasia gallegas», comenta: «Nuestra tierra se come a los hombres, los disuelve en *orballo*, les quita la voluntad». Alude a «*Bastideira* [...] con toda la tragedia de su *saudade* en las oje-ras». O hace una pequeña digresión sobre la supuesta suspicacia de las gentes de la región, como cuando dice: «Eres un puñetero *gallego desconfiado*».

A propósito de sus «creencias y supersticiones», explica: «en esta tierra ve-

mos *brujas* fácilmente». Se cita a la *meiga*, y al personaje sometido a su hechizo, *ameigado*. (Y el embrujamiento, *meigallo*.)

Del «viento» describe el rumor que produce el «*nordés*»: «empezó a *fungar* el viento». La «lluvia ligera» es «*orballo*»; «*orballo* azul y dulce». (Otras veces es «lluvia más intensa»: «Llovía a Dios dar agua.» De una ciudad —que podría ser cualquiera de la región gallega— se dice: «Es una ciudad en que llueve casi siempre.»)

De su «flora» recoge Torrente las *papas de millo*, diferentes de las *papas pegas*, la *barona migada*. De sus «vinos», cita el *espadeiro*, o los *albariños*.

De su «fauna», menciona los «peces voladores, a los esbeltos delfines, que yo llamo *arroaces* o *golfiños*» = «delfines»; la *solla* = «pez muy parecido a la platija»; o el *ollomol* = «besugo», o «pancho»; las *parrochas* = «sardinias pequeñas»; la *caballa* = o «xarda»; o «el olifante de cabeza de corza, que en mi tierra llaman *lorcho*». De los pájaros menciona los *xilgaros* = «jilgueros».

«La ciudad y sus edificaciones». Cita el escritor varios *pazos*: el de *Leixa*, el de *Aldán* y el del *Penedo*, las *rúas*; los *soportales* —que no son exclusivos de Galicia, pero sí muy característicos de su urbanismo—; los *fayados* [o «desvanes»], término que Torrente, con acierto, considera típicamente gallego: «*Fayado* es una palabra que usamos por allá, y que no equivale a buhardilla exactamente, aunque se le aproxima. El fayado, todo lo más que tiene es una claraboya, que, a veces, se levanta para dejar paso al aire.»

Del mar, se mencionan los «barcos», o «aparejos de la mar», con sus nombres regionales, que en ocasiones apuntan a denominaciones propias de las Rías Bajas: *dornas*, *gamelas*, *bous*; *churriolo*, *chinchorro*.

De sus «bailes», la *muiñeira* y la *riveirana*.

Voces gallegas de variada índole son: *Crego* = «clérigo», *demo* = «demonio», *Deus* = «Dios», *ferreiro* = «herrero» («*ferreiro* a mín claves»), *fidalga* = «hidalgas»; *galiña* = gallina; *nen* = «niño»; *pazo* = «casa señorial» o «palacio gallego» (o portugués); *rapaces* = «muchachos»; *raposos* = «zorros», aquí «personas astutas»; *retranca* = «intención disimulada», «astucia»; *Riveirana* = nombre de un establecimiento, tomado de un nombre común; *trapela*: en este último caso el escritor primero abona el nombre castellano para darnos luego el equivalente gallego: «Levanté con cuidado la trampa (trapela)»; *trasno* = «diablillo, demonio familiar»; *vai-e-ven* = «vaivén».

Son gallegos algunos nombres propios y de apodos: *Galana*, *Rula*, *Farruco*, familiar, por Francisco; «Juan que en gallego hace *Xan*»; *Xirome* = «Jerónimo»; *Payo* = «Pelayo».

Salta a la vista la numerosa y diversa variedad de apellidos gallegos —que incluso podrían corresponderse con los de conocidas familias de Ferrol— que Torrente recoge en su obra. *Abraldes*, *Baliño*, los varios *Barallobre*, Carmelo *Castiñeira*, Tomás *Cerdido*, Sarita *Cuoto*, *Dacuña Prego*, *Dapena Dorrego*, *Fandiño*, Pepa *Ferreiro*, Filomeno *Freijomil*, Don Celso *Painceira*, don Arse-

nio *Peleteiro*, don Fernando *Pereira*, don Argimiro *Reboiras*, Carmelo *Taboada*, don Armando *Valeiras*, doña Micaela *Vizoso*. O toda esa progenie de personajes: *Bastida*, *Bastide*, *Bastideira*, *Bastidoff*... formados sobre el patronímico de la conocida familia, *Bastida*, de Serantes, donde nació el escritor. O los pontevedreses *Churruchaos*.

Son apodos: «la tía Benita *dos Carallos*», «los *Choscós*» = «tuertos» o «bizcos»; «el Señor Florindo el *Maricallo*» = «marica»; «Pepe o *Xordo*» = «sordo». Parece provenir de un apodo, «*Parapouco* Benalúa». [Ya se mencionó otro personaje, llamado por «mal nombre *Pito Bebendo*».]

No faltan los típicos diminutivos del gallego en *—iño*, tanto para nombres comunes como para propios: *Filliño*, *difuniños*, *pobriño*. Y *Bastidiña*, *Joseño*, *Pepiño*, *Ramontiño*.

Citemos un par de adjetivos característicos: «¡*Condenado Fandiño!*» = «dichoso», «maldito»; voz *rachada* = «desafinada» o «que suena mal». Caso con valor equivalente a la adjetivación es aquél en el que al sustantivo se añade *de o do* + otro sustantivo: *rapaz do demo*, *Farruco do demo*, con significación literal de «endiablado», pero aquí en concreto = «granuja» o «muy travieso».

Pronombres: «Venga con *nos* al mar» [= con nosotros], forma popular que alterna con la más antigua y etimológica *connosco*. Otro fenómeno usual en la obra de Torrente es el *dativus eticus*.

Verbos: *barafustar* = «gritar y gesticular con violencia»; *debruzar*, en este caso = «debruzarse, ponerse de bruces, con la cara vuelta hacia el suelo»: «Clara estaba encima de la cama, *debruzada*»; *desfarrapar* = «rasgar», «hacer harapos la ropa»; *remejer*, de *remexer* = «agitar, sacudir, revolver».

Recoge el escritor algunas formas verbales curiosas, un tanto en desuso. Así el infinitivo que conserva la *-e* paragógica: «*vaime matare*».

Relativamente frecuente es el pretérito imperfecto de subjuntivo, con el valor de pluscuamperfecto de indicativo, que poseían en latín. Forma bastante usada todavía en el siglo XIX, ha venido cayendo en desuso. Cuando se utiliza en nuestros días con tal valor suele ser generalmente por autores de procedencia gallega. Lo cierto es que ha sido empleado con el referido valor por la Pardo Bazán y por Valle-Inclán. También por Torrente: «*fuera* siempre de fiar» = «había sido...»; «*se defendiera*» = «se había defendido»; «*allí muriera*» = «allí había muerto»; «*después desapareciera*» = «Había desaparecido»; «*ella [...] se lo creyera*» = «se lo había creído»; «*su persona se hiciera familiar*» = «se había hecho...».

Aparece algún uso del verbo auxiliar «tener», en lugar de «haber»: «*La tengo* ya olvidada.»

En alguna ocasión aparece una típica manera gallega de interrogación, que implica una peculiar entonación: «Nos iremos a la aldea, a vivir con sus padres, *¿sabe?*»

Notemos como el escritor incluye también alguna deliciosa muestra de coplas populares, patrimonio del pueblo, todavía cantadas hoy por éste:

¡Quem che me dera en Lobeira,
quem ebn Lobeira me dera!
¡Quem che me dera en Lobeira,
Lobeiriña, miña terra!

(Ya se dijo cómo, en múltiples ocasiones, Torrente intercala textos en gallego, de los que no da el equivalente.)

En algún caso, el texto de Torrente nos trae como una resonancia de textos valleinclanianos. Lo que no tendría nada de particular, dada la gran admiración hacia su paisano, y por ser sucesos propios de la misma tierra, y del mismo mar. Por otra parte, aunque el recuerdo estuviese inspirado por el de Valle, ello no implicaría, necesariamente, restar a Torrente un ápice de su mérito.

En un cuento de Torrente, *La sirena*, «En el barco de Payo, al lado del bichero, se había puesto a horcajadas el rapaz de a bordo, que era de *Las Inas*, hijo de un marinero a quien ya se había llevado una galerna y Payo le tenía en mucho aprecio».

En *Romance de lobos*, de Valle-Inclán, uno de los personajes es Abelardo, patrón de embarcación, «hijo de Peregrino el Rau», cuyo padre «era un lobo de mar». El Caballero le dice: «A ti no te conozco ... A tu padre le he conocido mucho ... Me acuerdo de una apuesta que ganó: era ir nadando hasta la Isla [...]». «De poco le ha servido al pobre aquella destreza.» «—¿Murió ahogado?» «—Murió, sí señor.»

Pocas páginas más adelante encontramos, en la misma obra de Valle: «Este arenal paréceme que debe ser el arenal de *las Inas*.» Y se añade «Recemos una Salve por el descanso de esos pobres marineros ahogados». —«Estaba de Dios que ellos pereziesen...»

Algunos posibles casos, que por otra parte viven en la lengua cotidiana, también aparecen en la Pardo Bazán, en Valle-Inclán y en Torrente. Así, la expresión «*Muera el cuento*», y «*murió el cuento*» [del gallego «*morra o conto*» = «demos por finalizado el asunto»], o la exclamación «*¡Jujujuy!*».

Hay también en la obra de Torrente referencias al país vecino, Portugal, unido a Galicia por lazos de cultura. Referencias que apuntan a la onomástica o a la toponimia. En la onomástica, Don Dionís de Portugal, el rey poeta, al Conde de Barcellos, y, también una intencionada e irónica parodia de los largos apellidos portugueses: Annibal Mario Mac Donald de Torres Gago Coutinho. De la toponimia de este último país, Barcellos o Barcelos —ambas formas—, y Oporto.

Podemos concluir diciendo que si bien Torrente no alcanzó tempranamente la fama que merecía, ello no fue obstáculo para que el escritor, no obstante mo-

mentos de comprensible desánimo, haya sabido perseverar en su tarea, acreciéndola con nuevas obras, y superándose en la construcción de las mismas.

Hay en *La sagalfuga* un personaje, el Señor Bendaña, que parece contener rasgos autobiográficos, acerca de quien —burla, burlando— se hace con humorismo un comentario que parece encerrar un desafío a la incompreensión ambiente, y cierto tono profético, de confianza en sí mismo:

Si todos en el pueblo somos ahora bendañistas, no fue [...] sino [...] por haberse portado el señor Bendaña como nadie hubiera esperado. ¡Ahí lo tiene usted triunfando en Norteamérica y dejando bien plantado el pabellón de Castroforte del Baralla! ¡Oí decir que le darán el Premio Nobel...!

BIBLIOGRAFÍA

- Anthropos*, Barcelona, *Anthropos*, 1986, n. 66-67, extraordinario 9 [dedicado a] Torrente Ballester.
- Critical Studies on Gonzalo Torrente Ballester*, Janet Pérez y Stephen Miller ed., Society of Spanish-American Studies, Universidad de Colorado, 1989.
- Alicia JIMÉNEZ, *Torrente Ballester en su mundo literario*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1984.
- *Torrente Ballester, el autor y su obra*, Barcelona, Barcanova, 1981.
- Gonzalo TORRENTE BALLESTER, *Obra completa*, Barcelona, Destino, 1977.
- *Cuadernos de un vate vago*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982.
- *Los gozos y las sombras*, Madrid, Alianza, 1972.
- *El Quijote como juego*, Madrid, Guadarrama, 1975.
- *La sagalfuga de J. B.*, Barcelona, Destino, 1972.
- *Las sombras recobradas*, Barcelona, Planeta, 1979.
- VV. AA., *Homenaje a Gonzalo Torrente Ballester*, Salamanca, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca, 1981.